

## LA PALABRA, ESE ORO DEL POETA

PASCUAL GARCÍA

He aquí un ejercicio curioso y brillante en el que dos artes, como la pintura y la literatura, se alimentan para formar una especie de catálogo poético de imágenes inéditas, objetos renombrados por la magia del verbo originario y sentimientos de una belleza estremecedora. Los *Dictados* de Modesto Montero, joven pintor de Cuba, y los *Inventarios* de Ginés Aniorte<sup>1</sup>, poeta notable de España, al que tenemos la suerte de contar como uno de los nuestros en Murcia, quedan entrelazados en este particular catálogo, en el que el lector no sabe de antemano si es el pintor el que ilustra los versos del poeta o es el poeta el que concibe los pretextos de las imágenes, en las que no voy a entrar, pues desconozco el complejo y sutil universo de la pintura moderna. La intención del libro queda nítidamente expresada en las palabras preliminares de Ginés: *No siendo yo pintor, no he querido privarme de la posibilidad de ver materializadas imágenes que veía mi mente y que alguna vez he soñado con que se hicieran realidad.*

La experiencia se inauguró en Chys, famosa sala de exposiciones murciana, pero permanece en este libro, donde a cada página que avanzamos vamos sumando una sorpresa pictórica en la que abundan las palomas y un ejercicio extraordinario de la palabra donde el escritor murciano parece entregarse de un modo apasionado y febril a la suprema actividad de dar sentido a las cosas y a las ideas, de fundar el territorio en el que habitan los seres y abunda el misterio: *El fuego de la hoguera en que perezco./ El que extiende su lumbre en el verano/ y acaricia los cuerpos más hermosos.*

La repetición como técnica poética hasta constituir una sola y exclusiva letanía donde el ritmo monótono se ve subvertido por la revolución del verbo novedoso y del talento literario es el entramado sobre el que se alza este libro, poderoso como el lenguaje que lo anima y casi místico, pues la intención del creador es rescatar la

---

<sup>1</sup> Ginés Aniorte, *Inventarios*, CHYS, Murcia, 2008.

gracia de lo primario y mostrarlo al lector como una sustancia delicada, turbulenta y letal: *El silencio que llega como un buitrel/ y se posa en los labios de los muertos.*

Hace bastantes años que venimos siguiendo la carrera literaria de Ginés Aniorte con la ilusión de contemplar la obra de un escritor exigente, bien dotado para el arte de la palabra y en posesión de un mundo que lo identifica en cada uno de sus versos. Libro a libro ha ido construyendo una obra sólida, de calidad suprema cuyo interés básico ha sido el ser humano y el amor, la pasión y el hombre: *La piedra enamorada de la mano/ que cincela su carne y le da vida.* El deseo, la muerte y la belleza son los asuntos más destacables de este poemario singular, desordenado a propósito, como un turbión, como un viento enfurecido que diseminara las palabras y las imágenes sobre el papel para que el lector gozara con la lectura ceremoniosa de cada poema de un modo recogido, como si rezara una oración pagana en la que el único Dios fuese el misterio de la vida: *El fuego primitivo que asombrara/ a aquellos que asistieron al milagro.*

Un cierto desasosiego nos recorre con la lectura de buena parte de estos textos que poseen cierto hálito divino, como, por otro lado, resulta natural en el arte y en la literatura, aunque Ginés Aniorte le concede a estos poemas el ritmo pausado y solemne de un cántico litúrgico (no en balde la sucesión de los endecasílabos compone una suerte de partitura de la creación: *la herida que jamás ha de cerrarse/ y habita, silenciosa, la memoria.*

Un libro como éste posee la virtud y la complejidad de no poseer un único asunto, de no referirse a un solo tema, pues todo le concierne en su totalidad. Estamos, pues, ante una obra ambiciosa, aunque parezca un mero catálogo de una exposición pictórica. Al fin y al cabo, un poeta como Ginés Aniorte no mira el mundo como el resto de los mortales y cuando lo cifra en esa sucesión casi embriagadora de imágenes poéticas tiene el poder de transportarnos a un territorio diferente, sumidos asimismo en la borrachera, siempre bien temperada, de su estilo y de su verdad: *El agua repetida de la fuente/ que es la misma de ayer, como este día.*

Cuando el lector acaba de leer estos mágicos inventarios tiene la certidumbre de haber hecho un ejercicio de reflexión y de comunión con la vida que lo rodea y de la que en muchas ocasiones se siente tan ajeno: *La palabra, ese oro del poeta.* Un poeta como Ginés Aniorte nos reconcilia con el misterio que no fuimos capaces de descubrir nosotros solos, porque necesitábamos de su palabra grande, de su estilo fluido y de su sabiduría humana para entenderlo todo de una sola vez y para siempre.